

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Septiembre de 1937

Núm. 147

Puntos de vista

Los signos

EL tiempo actual es tiempo de precipitación. Todo se realiza con una rapidez casi vertiginosa y es difícil hallar los rincones propicios en los cuales el hombre pueda realizar tranquilamente el proceso de la reflexión. Un demonio, que seguramente no conocieron otras épocas, agita y sacude los espíritus. Este demonio empuja y desconcierta. No se trata sino de vivir lo más aceleradamente posible, gustando en la superficie las cosas, apenas dando importancia a las ideas, sustituyéndolas por sensaciones y caprichos. Esta misma vorágine del libro editado es una muestra concreta del estado de ánimo de los hombres. Los quioscos y los escaparates de librerías son hacinamientos torrenciales de libros, de carátulas, diremos, que invitan al pasajero a detenerse un momento, elegir sin examen, comprar un libro cualquiera y seguir su camino. El libro ya no es el mayor bien de los hombres, el más reflexivo y profundo de los camaradas, sino un elemento más en la discordia y en la confusión. Mientras hay quienes imaginan que es un bien la facilidad con que se puede editar en estos países, pensamos que al revés, es un mal, puesto que el pensamiento no madura sus frutos literarios y los arroja a la avidez de las linotipias, aun agrios y faltos de vitalidad. Podría encontrarse aquí uno de los aspectos del porqué del desdén hacia los libros americanos. Deben competir con el libro europeo, que las editoriales lanzan en traducciones no siempre correctas y esta competencia es desfavorable para el libro nuestro, obligado por múltiples causas a resistir sin gloria la arre-

metida de los pensadores europeos. En Europa, la cultura y la tradición ayudan al autor. Entre nosotros cultura y tradición constituyen todavía fenómenos en formación.

Aparte de estas razones deben considerarse, además, las formas imitativas de la vida americana. La inquietud física, no metafísica, hace de estas sociedades torbellinos, en el cual giran todas las pasiones y arbitrariedades descontroladas y en libre competencia. Avidas de placer y dinero, tienen mayor eficacia para el renombre los éxitos de fortuna que los escasos triunfos espirituales que pueden lograr algunos hombres. El pensamiento está condenado a ser sólo un adorno, una corbata lujosa que se anuda gallardamente y sin que ello alcance a determinar un distintivo en la personalidad. Ya no conmueve, ni llama la atención ese personaje que lleva ceñida al cuello una tira bellísima y que es al mismo tiempo reveladora de un secreto poder de distinción. Antiguamente pudo ser la corbata el sello de un elegante. Pudo tener en lo físico un valor estético que hoy ha desaparecido en medio a la multiplicidad fantástica de la industria que al igual de los libros se lanzan por centenares, por miles, desordenadamente, al mercado. El hombre ha perdido la gallardía de su espíritu. Está esclavizado por series sucesivas de servidumbres. No confiere grandeza sino al éxito económico y desconoce la tragedia del pensamiento, los sufrimientos íntimos del que por medio del estudio o de la observación, tenaces, intenta explicar a los demás el peligro del vivir en superficie y en desprecio del espíritu. Los llamados insistentes para vigorizar la belleza de la vida reflexiva, caen en desoladores vacíos. Pasan como los pájaros veloces en el cielo y desaparecen sumergidos en la vaciedad del horizonte.

En el panorama político no hay sino contradicciones, derivadas de este vivir precipitado. Las figuras que no sostiene la fuerza se derrumban rápidas y convulsivas. Flotan o se yerguen un día para desaparecer consumidas en el torbellino y no dejan más rastro que el de un pie sobre la arena humedecida. El interés inmediato mueve a estos elementos, no el interés de un porvenir político mejor. Para realizar combinaciones, el político se vale de las peores

armas y envilece, poco a poco, el resto de dignidad que pudiera aún sobrevivir en las agrupaciones o en los partidos. En cada uno de estos hombres que se han entregado al juego de los intereses que mueve la política, no hay sino materializaciones de la avidez, secretos rencores que deben ser alimentados o pasiones que un egoísmo subalterno controla y orienta. Por las calles de nuestras capitales se ven pasar hombres cuyo pasado envilecedor no autorizaría en el menos sensible de los hombres, ni siquiera un saludo leve. Una conciencia colectiva los desdeña. Sin embargo, gozan de la inmunidad igualmente colectiva, y reciben homenajes y forman entre los hombres de bien. Este espectáculo renovado, día a día, en medio de la general indiferencia, produce el desaliento de la juventud, el pesimismo y la negación sistemática de los valores. Ruedan por el mismo plano inclinado de la indiferencia, lo mismo los que han hecho del sacrificio y del cumplimiento de los deberes una norma vital, como los que burlaron todos los deberes y pisotearon la dignidad propia y la ajena.

No hay, pues, un sitio adecuado para las funciones altas del espíritu en sociedades que han hecho del placer el objetivo primordial de su existencia. Si hay desconocimiento del valor personal, de la verdadera conciencia profesional de los que estudian y realizan una labor, ignorada o premeditadamente ignorada, débese ello a esta mezcla confusa de sensaciones y apetitos que las formas mismas de vivir precipitadas han convertido en hecho consumado. La amistad, que es una flor delicada, un sentimiento de superior nobleza, también paga su tributo al tiempo irascible. El cálculo preside el banquete y no se da un paso, sino cuando él encierra una probabilidad de éxito personal o beneficio a corto plazo.

No es la alegoría del descontento lo que aquí hemos trazado. Es un cuadro apenas pálido de la realidad, que nos importa presentar para ayudar a su destrucción. En todas partes existen hombres superiores, los espíritus ennoblecidos por el sacrificio o por el estudio y la probidad. A ellos cumple realizar la revaloración del espíritu con los elementos de que disponen, a fin de apagar esta llamarada que está lamiendo ya el corazón de la sociedad.